

LA IGLESIA EN EL MUNDO DE HOY «DE LA PLENA Y REGULADA APLICACION DE LOS DERECHOS DE REUNION, ASOCIACION Y PARTICIPACION, SOLO BIENES SE SEGUIRAN PARA LA IGLESIA Y EL PAIS»

En un importante documento pastoral los obispos de Madrid estudian los recientes sucesos eclesiásticos

«CRISTO NO PUEDE VENIR POR LOS CAMINOS DE LA VIOLENCIA, LA PRESION, LA CONFUSION, LA DESOBEDIENCIA, LA MENTIRA, EL EGOISMO O LA INJUSTICIA»

El cardenal arzobispo de Madrid, en la nota que se publicó en los días de la pasada Asamblea de la Conferencia Episcopal, con motivo de la ocupación del Seminario, anunciaba que con una más madura reflexión expondría las orientaciones del Consejo Episcopal de Madrid sobre éste y otros recientes sucesos. Esta orientación se hizo pública ayer a través de una pastoral que firman el cardenal arzobispo y su Consejo Episcopal.

El documento se abre situando estos problemas a la luz de la próxima Navidad. Y dice:

Nuestra palabra cristiana en estos días del Adviento y casi ya de vísperas de Navidad no puede tener otro objetivo ni sentido que anunciaros el gozo de Cristo que viene hacia nosotros. Con ello no tratamos de huir de los problemas que nos han rodeado las semanas pasadas y que aún nos rodean; tratamos, por el contrario, de situar todas estos dolores en su verdadera perspectiva: en su papel de dolencias de una Humanidad que sufre porque en ella se está siempre engendrando la imagen del Salvador. Sería ingenuidad ignorar estas tensiones de ahora. Pero pecaríamos contra la esperanza si nos detuviéramos en ellas, olvidando la gozosa meta final de Cristo que viene hacia nosotros. Es a esta luz como debemos contemplar los sucesos sobre los que os prometimos una más madura reflexión. Hechos importantes, porque a través de ellos —como a través de toda nuestra vida— se facilita o se dificulta esa venida de Cristo.

Tras esta introducción, el documento analiza en diez puntos los caminos por los que Dios viene a los hombres y aquellos por los que no puede venir. Y dice literalmente:

1. Dios no viene por el camino de la violencia o del odio

Ya en otras ocasiones hemos tenido que lamentar durante este año estallidos de violencia en nuestra vida diocesana, religiosa o civil: injurias a sacerdotes y obispos, agresiones violentas en diversos ambientes, en algún caso hasta el asesinato. No es necesario recordarlo. Pero sí decir, una vez más, que el odio y la violencia nada construyen en lo humano y mucho menos aún en lo cristiano.

2. Tampoco viene Dios por los caminos de la presión indebida o el conflicto buscado sistemáticamente

En este sentido no podemos ver como evangélicas —aun sin entrar a juzgar las intenciones de sus promotores y autores— las actitudes y comportamientos de quienes han buscado por caminos de presión lo que siempre hemos estado dispuestos a buscar con ellos por la senda del diálogo franco y sincero, o quieren a toda costa comprometer en sus acciones a la Iglesia local o a los representantes de la Santa Sede. Tampoco podemos aceptar como cristiana una «praxis» basada en el conflicto permanente como factor de crecimiento de

la Iglesia, especialmente si este conflicto es promovido por grupos que parecen desear imponer unilateralmente sus propias reglas de juego, como si sólo ellos poseyeran la verdad evangélica.

3. Tampoco puede venir Cristo por los caminos de la confusión

En este sentido nos duele que los conflictos fundamentalmente intraeclesiales a

que acabamos de aludir, no hayan permanecido como lo que eran, problemas que a los obispos tocaba calificar y resolver. En este sentido tenemos que señalar —por respeto a la verdad— que en ningún momento ni el señor cardenal arzobispo, ni su legítimo representante en el Seminario, monseñor Estepa, dieron su consentimiento para desalojar el Seminario. Confiamos igualmente en que las autoridades estudiarán en justicia la equidad de unas tan graves sanciones impuestas a algunas personas de las reunidas en aquel centro. No es competencia nuestra valorarlas jurídicamente, pero en la opinión de muchos y desde nuestra perspectiva moral parecen demasiado diferentes del trato recibido por quienes en anteriores ocasiones atacaron e injuriaron gravemente a la jerarquía diocesana con clara alteración de un orden justo.

4. Cristo no puede venir por los caminos de la desobediencia o la rotura con la jerarquía de la Iglesia

Nosotros sabemos mejor que nadie en qué medida somos los obispos y pastores pecadores y débiles, y cuánto necesitamos que a veces nos despertéis y estimuléis. Todos tenemos —y quien tiene que mandar quizá más que los demás— la tentación de las «medias tintas» y las componendas. Os agradecemos por ello toda crítica que tienda a despertarnos y a desubrirnos mejor nuestra obligación de servir al Evangelio.

Pero ese mismo deber de servir al Evangelio os obliga a vosotros, sacerdotes, religiosos y fieles, a aceptar esa obediencia y esa necesidad de omisión jerárquica que son parte sustancial del mismo Evangelio. Una Iglesia desunida de sus pastores nunca podrá ser una Iglesia más evangélica o más pura, porque ya no será la Iglesia que Cristo quiso.

5. No podrá tampoco venir Cristo por las sendas de la mentira o la falsedad

No podremos menos de hacer una referencia a ciertas campañas y modos de presentar los hechos que, incluso sin llegar a la falsedad completa, tienden a deformar la realidad ante lectores y oyentes que no pueden conocerla desde todos sus ángulos. Y de modo parecido hay que aludir a quienes atizan omo sustituyendo autoritativamente a sus legítimos pastores en su específica misión de velar por la ortodoxia del pueblo de Dios, sembrando inmoderados temores e injustas desconfianzas.

6. Ni vendrá Cristo por los caminos del egoísmo o la injusticia

La reconciliación que Pablo VI ha puesto como tema del Año Santo que comienza, es una obligación para todos. Pero reconciliarnos no será un abrazo entre sonrisas, después del cual quede cada uno con sus pro-

pios egoísmos. La reconciliación del Año Santo supondrá el esfuerzo para suprimir o rebajar todo privilegio de clase, toda situación abusiva, toda injusta distribución de la riqueza o de la cultura y una apertura a todos de iguales oportunidades de progreso. Sería especialmente doloroso que en este comienzo del Año Santo pudiera suceder que las dificultades económicas que nuestro mundo está experimentando recayeran de modo especial y una vez más sobre los económicamente más débiles.

7 ¿Por dónde vendrá Cristo, entonces?

Vendrá por el camino de la paz

Vendrá por el esfuerzo común para eliminar toda violencia de nuestro pensamiento, de nuestras palabras y de nuestras obras; por el intento de comprensión y respeto a quienes piensan de manera diferente a la nuestra; por la superación cristiana de los rencores del pasado; por el reconocimiento de las muchas cosas que a todos nos unen como católicos y como españoles para construir una Iglesia más serena y una Patria más justa y fraterna.

8 Vendrá por el camino de la justicia

Y ésta comenzará por el reconocimiento pleno, en las leyes y en la realidad, de todos los derechos humanos. En este sentido recientemente el señor cardenal arzobispo de Barcelona, recordando palabras de Juan XXIII en la «Pacem in terris», señalaba la urgencia de una ordenación jurídica del derecho que todo hombre tiene a asociarse y reunirse para fines ícticos y de intervenir en la cosa pública a través de cauces eficaces de participación. Nos unimos sinceramente a estos deseos y preocupación como pastores y como ciudadanos, pues de la plena y regulada aplicación de

esos derechos humanos sólo bienes se seguirán para la Iglesia y para el país.

9 Vendrá por el camino del amor

Amor a todos y especialmente a los mas pobres y abandonados. Amor que a veces exigirá no sólo un serio compromiso con sus problemas, sino también una enérgica defensa de sus derechos, defensa que quisiéramos siempre hecha por cauces y procedimientos evangélicos. Amor al pobre y al rico, al gobernante y al gobernado, recordando a todos tanto sus derechos como sus deberes. Amor que nunca sea usado como disculpa para el mantenimiento de las injusticias, pero que tampoco lleve a combatir la injusticia por medios injustos. Amor que, como el del Cristo que viene hacia nosotros, empiece por dar humilde y sencillamente la vida por los demás.

10 Vendrá, finalmente, por el camino de la esperanza

Queremos subrayar esto, porque todos parecemos estar tentados por la amargura. Como testigos del Señor os decimos que la Humanidad ha sido ya salvada por Cristo y que ese mismo Señor va a seguir salvándola.

Mantened por ello la esperanza y la alegría. Que nunca sea nuestra Iglesia diocesana testigo de la desesperanza, puesto que es testigo del Cristo que viene. Que sepan quienes no creen que en nosotros, con todos nuestros errores, con todas nuestras divisiones, con todos nuestros defectos, hay

algo en lo que no estamos ni estaremos nunca divididos: en nuestra fe en el Salvador y en nuestros deseos por hacerle más presente en el mundo. Ojalá quienes contemplan nuestra Iglesia a través de nosotros vieran sólo la esposa pura e inmaculada. Que vean, al menos, a pesar de todas nuestras manchas y pequñeces, el testigo del Cristo que viene.